

Metáforas y analogías en el pensamiento sobre grupos

*María Matilde Balduzzi**

El pensamiento científico se relaciona, habitualmente, con procesos cognitivos como el análisis, la deducción, la inferencia y la comprobación por medios racionales o empíricos. Sin embargo, y aunque sea tal vez menos evidente, todo “descubrimiento científico” es producto de un proceso que implica también creatividad.

Creatividad y ciencia son conceptos en cuyos vínculos la Filosofía parecía haberse desinteresado. En las últimas décadas, sin embargo, la comprensión del proceso creativo en la producción de conocimiento científico ha resurgido en el interés de los filósofos, en la medida en que el denominado “contexto de descubrimiento” –que por influencia del positivismo y el empirismo lógico, había sido relegado a la “psicología del conocimiento”– volvió a instalarse como un problema legítimo para la Filosofía de la ciencia. El pensamiento creativo del científico ya no es de la exclusiva incumbencia de la “psicología empírica”, como proponía Popper, sino que puede ser analizado en términos de las relaciones entre el científico y el contexto de producción de un campo disciplinar. Evidentemente, esto no significa retornar a la idea romántica de la inspiración súbita y misteriosa, sino centrar la atención en la forma en que se desarrollan “procedimientos colectivos racionales para reconocer y resolver problemas” (Schuster, 2005:64). En este sentido, se considera que la madurez interna de una disciplina consti-

* Lic. en Psicología. Magíster en Educación – Psicología cognitiva. Docente del Departamento de Psicología e investigadora del Núcleo de Estudios Educativos y Sociales (NEES) de la Facultad de Ciencias Humanas – Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, Argentina.
e-mail: mabal@fch.unicen.edu.ar

tuye el marco en el que surgen ideas creativas. Estas ideas, inicialmente, suelen presentarse bajo la forma de analogías y metáforas.

Frecuentes en el uso cotidiano y en el lenguaje literario, las analogías y metáforas se presentan como un recurso habitual del pensamiento científico, aun en disciplinas que han alcanzado un alto grado de sistematicidad y precisión. En el pensamiento sobre grupos puede hallarse asimismo, una amplia variedad de analogías y metáforas. Surgidas en diferentes épocas y contextos culturales, han “abierto visibilidad” sobre fenómenos y procesos que, hasta entonces, resultaban impensables. Su surgimiento y aceptación estuvieron vinculados a la coherencia que guardaron con modos de pensamiento y construcción de la realidad aceptables en ese momento histórico y en ese contexto. Esas analogías y metáforas permitieron el desarrollo de concepciones y estrategias de intervención que encontraron aceptación más allá del ámbito estrictamente académico. Me propongo, en este artículo, analizar las analogías y metáforas de uso más frecuente en las concepciones sobre grupos, así como las de más reciente aparición, procurando iniciar una reflexión sobre las implicancias epistemológicas de su elección.¹

Las metáforas y analogías en el pensamiento científico

La distinción entre metáforas y analogías es sutil pero relevante. Para algunos autores, la diferencia es mínima, entendiendo la metáfora como una comparación abreviada. Para otros, en cambio, una metáfora no consiste en una comparación en el sentido de “así como”, sino en una identificación, o, más precisamente, en una sustitución de significantes (Lacan, 1981). Derivada de la palabra latina “*metaphora*”, que significa “traslación”, el término es definido por el Diccionario de la Real Academia Española como “tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces en otro figurado, en virtud de una comparación tácita”. Puede decirse, entonces, que la comparación caracteriza a ambos conceptos pero el carácter de “tácito” o implícito particulariza la distinción. En este sentido, la metáfora aparece como un fenómeno de predicación –y no de sustitución– que surge del conflicto entre las posibles interpretaciones de un enunciado. Ella pone en relación campos aparente-

mente incompatibles, produciéndose “una innovación semántica que no tiene estatuto en el lenguaje establecido” (Ricoeur, citado por Lóizaga, 1996:312). El resultado es una apertura del campo del conocimiento. La metáfora tendría así, una mayor potencialidad heurística.

La actitud de los epistemólogos y de los propios científicos ante el recurso a analogías y metáforas en la producción de conocimiento, oscila entre su aceptación como una opción válida y fecunda, hasta su rechazo o relegamiento a una etapa preliminar a la formulación estrictamente científica. El siguiente fragmento expresa claramente la primera alternativa:

“El físico que busca reunir y clasificar en una teoría abstracta las leyes de una determinada categoría de fenómenos, muy frecuentemente se deja guiar por la analogía que vislumbra entre estos fenómenos y los fenómenos de otra categoría; si estos últimos se encuentran ya ordenados y organizados en una teoría satisfactoria, el físico tratará de agrupar a los primeros en un sistema del mismo tipo y de la misma forma” (Duhem, citado por Nagel, 1974:274).

La aceptación del procedimiento analógico se basa, entonces, en la consideración de esa potencialidad: en virtud de la comparación, una teoría en vías de formulación se beneficia con el progreso de otra, ya consolidada. El recurso a la analogía representa así, no sólo una suerte de economía intelectual sino, además, un procedimiento de invención no discutido. El empleo de metáforas se justifica con una argumentación similar: “Las metáforas funcionan como puentes entre disciplinas, extendiendo los significados de un contexto establecido para proporcionar claridad en otro” (Schuster, *op. cit.*:68).

Otros autores manifiestan su aceptación, pero atenuada por ciertas consideraciones o prevenciones. Se acepta que la percepción de semejanzas entre sistemas de relaciones conocidos y nuevos dominios del conocimiento suele ser el punto de partida de un avance en este último campo, pero se alerta sobre la necesidad de atender a los límites de las semejanzas establecidas: “La formulación de una teoría en términos de algún modelo no está exenta de peligros, y un modelo puede ser tanto una potencial trampa intelectual como una valiosa herramienta. Los peligros principales son de dos géneros: puede

suponerse erróneamente que alguna característica no esencial de un modelo (en especial de un modelo sustantivo) constituye un elemento indispensable de la teoría contenida en él; y puede confundirse el modelo con la teoría misma” (Nagel, *op. cit.*:116). La advertencia no parece injustificada; en todas las disciplinas científicas han surgido formas abusivas del pensamiento por analogía, como el animismo o el antropomorfismo, vigentes en una etapa de su desarrollo, que aparecen hoy, a los ojos de los científicos actuales, como anécdotas curiosas de la “prehistoria” de su campo de estudio. Aun sin llegar a ese extremo, la extrapolación de relaciones de un sistema a otro es siempre un riesgo potencial.

Finalmente, el rechazo de las analogías y metáforas como una forma válida de pensamiento científico o su relegamiento como algo atinente a los procesos psíquicos del investigador, pero no a la estructura de una teoría, puede encontrarse, como se ha dicho, vinculado a la concepción positivista de la ciencia, en la que se diferenciaba tajantemente el “contexto de descubrimiento” del “contexto de justificación”: “(...) el trabajo del científico consiste en proponer teorías y en contrastarlas. La etapa inicial, el acto de concebir o inventar una teoría, no me parece que exija un análisis lógico ni sea susceptible de él. La cuestión de cómo se le ocurre una idea nueva a una persona –ya sea un tema musical, un conflicto dramático o una teoría científica– puede ser de gran interés para la psicología empírica, pero carece de importancia para el análisis lógico del conocimiento científico” (Popper, 1967:31). Esta opinión de Popper, como es sabido, fue cuestionada desde otras perspectivas epistemológicas. El principal argumento de los llamados “nuevos filósofos de la ciencia” para eliminar la distinción entre “contexto de descubrimiento” y “contexto de justificación” es que la justificación es parte constitutiva del descubrimiento, dado que, conjuntamente con la elaboración de sus hipótesis, el científico vislumbra los procedimientos de validación, siendo la posibilidad de éstos lo que determina la viabilidad de aquellas.

Más allá de los argumentos que rechazan o defienden la utilización de analogías y metáforas, es indudable que ellas han sido siempre, en todas las disciplinas científicas, recursos habituales del pensamiento empleados para objetivar en una imagen ideas apenas atisbadas, per-

mitiendo organizar así, a partir de lo conocido, la estructura del sistema objeto de la indagación. Dejándose guiar por los elementos comunes entre ambos sistemas y extendiendo la comparación, el científico logra la construcción conceptual del fenómeno o proceso objeto de su teoría. Ahora bien, cuando la comparación entre los dos sistemas permanece implícita, puede llegarse a una identificación que, eventualmente, impediría percibir las diferencias. En este sentido, las metáforas podrían conducir más fácilmente a aquellos riesgos sobre los que algunos epistemólogos alertan.

Otro aspecto a considerar es el concerniente a la difusión de las analogías y metáforas más allá de los ámbitos de producción del conocimiento científico. Como lo ha puesto en evidencia la Psicología Social europea, la divulgación de las teorías científicas en una sociedad y su transformación en pensamiento de sentido común, permite a los sujetos otorgar sentido a objetos, situaciones o acontecimientos que en determinada época concitan su interés. La metáfora o analogía les permite reconocerse y los elementos imaginarios y simbólicos que ellas aportan, contribuyen en la producción de lo que definen como “realidad”. Es en este punto donde se hace evidente que el conocimiento científico, en particular el que corresponde a las ciencias sociales, no se limita al relevamiento de información y al establecimiento de relaciones causales entre fenómenos, sus enunciados operan en la construcción de aquello que pretenden describir y explicar.

El uso de analogías y metáforas para pensar al grupo

Se ha afirmado reiteradamente que, aunque la producción en este campo del conocimiento es profusa y diversa, no existe hasta el momento un cuerpo teórico sistemático sobre los grupos humanos. Existen en su lugar concepciones y estrategias de intervención surgidas en contextos diferentes, sujetas a prescripciones epistemológicas y a concepciones ontológicas distintas, lo que ha generado discursos incompatibles entre sí, que sólo pueden comprenderse considerando ese contexto de producción. Muchas veces, esas concepciones han partido de analogías y metáforas que marcaron profundamente el carácter del

discurso y de las técnicas diseñadas para intervenir en los grupos “reales”. Las analogías y metáforas conllevan, asimismo, presuposiciones ontológicas, epistemológicas y metodológicas de distinto carácter. Por ejemplo, la analogía del grupo con un “organismo”, llevaba implícita la idea de que no hay una diferencia esencial entre la realidad social y el mundo de la naturaleza y, por lo tanto, los métodos de indagación no deberían ser diferentes en uno y otro ámbito.

En ocasiones, es el desarrollo tecnológico alcanzado en un determinado momento histórico, el que sugiere analogías y metáforas que juegan un papel crucial en el desarrollo de la nueva perspectiva. Más frecuentemente, las analogías y metáforas proceden de otras disciplinas que han alcanzado, en ese momento histórico, un alto grado de sistematicidad y coherencia interna, o bien de prestigio, por sus logros en el campo de intervención a ellas asociado.

La distinción entre analogías y metáforas que hicieramos al comienzo, nos permite identificar análisis cuyo autor plantea, entre el grupo y algún otro sistema, una comparación explícita, como es el caso de la analogía que da título al libro de Thelen: *El grupo como organismo*, y otros en los que la comparación permanece tácita, llegando a una identificación de los conceptos, como en la expresión “texto grupal” con la que se alude, actualmente, a la productividad del grupo.

Se considerarán, a continuación, las analogías y metáforas clásicas en este campo del conocimiento y las que han surgido en época reciente, procurando analizar algunos de los presupuestos epistemológicos y ontológicos que conllevan, y que constituyen parte esencial de las condiciones de producción de las concepciones sobre grupos que inspiraron.

El grupo como campo de fuerzas

Una de las concepciones más antiguas sobre el grupo humano es aquella que lo asimila a un “campo de fuerzas” en equilibrio. Como es sabido, la concepción tiene su origen en la teoría de los campos electromagnéticos: “(...) esta teoría, formulada por Faraday, modeliza la

circulación e interjuego de fuerzas que tiene lugar en un espacio cargado de energía eléctrica vectorizada como fuerzas magnéticas. Éstas se evidencian en la imantación de los cuerpos incluidos en el área así configurada, en los que inducen traslaciones” (Barembliit, 1993:75). La utilización que Kurt Lewin hace de esta analogía, conjuntamente con los principios de la “*Gestalttheorie*”, lo ubican como una referencia ineludible en la historia del pensamiento sobre grupos, estableciendo un hito con su noción del grupo como “un todo que es más que la suma de las partes”.

La teoría del campo electromagnético, como la mecánica clásica, a la que hizo perder su preeminencia como ciencia universal de la naturaleza, tiene una estructura determinista:

“(...) si se dan los valores de los vectores electromagnéticos para cada punto de una región en un instante inicial, entonces, siempre que permanezcan inalteradas las condiciones que limitan el problema, las ecuaciones de Maxwell determinan unívocamente los valores de estos vectores para esa región en cualquier otro instante” (Nagel, op. cit.:268).

Además del determinismo, pueden considerarse rasgos distintivos de esta concepción del conocimiento científico: la premisa positivista de que la ciencia tiene como meta la identificación de leyes universales, la prescripción empirista de fundar el conocimiento en la experiencia, y la concepción de la universalidad de la ciencia, con su consecuencia, la aplicación de los métodos de las ciencias naturales a todos los campos del conocimiento humano. Estas prescripciones se sustentan en supuestos epistemológicos que pueden sintetizarse de este modo: la concepción de la realidad como algo que existe con independencia del sujeto cognoscente, la noción de que el conocimiento científico es un reflejo del mundo externo, la idea de verdad como correspondencia entre los enunciados y la realidad, y el propósito de alcanzar la objetividad a través de una metodología que elimine las distorsiones que podría introducir el sujeto en la relación de conocimiento.

El determinismo, la formulación de leyes de validez universal, la investigación empírica, la predicción, la búsqueda de objetividad, pueden entenderse como principios estructurantes de las teorías en formación, las que, en función de estos principios, tienden a reducir la complejidad, con-

cibiendo los procesos complejos en términos de otros, más elementales, entendidos como factores o variables entre los que pueden establecerse relaciones causales o de correlación. Es preciso señalar que, actualmente, inclusive la mecánica cuántica cuestiona la concepción según la cual los fenómenos de la naturaleza se producen en órdenes causales fijos, poniendo de relieve la indeterminación, la inestabilidad y el caos.

Puede decirse que la concepción de los grupos humanos basada en el modelo físico del campo electromagnético respondía no solamente a una concepción de ciencia que había impuesto aquellos principios, sino a una creencia socialmente difundida en el poder del conocimiento científico para el abordaje y solución de los problemas sociales (Fernández, 1989:74). A la pretensión científicista se agregaba la confianza en los grupos para lograr el cambio. Se difunde así el concepto, y la ideología, de la “dinámica de grupos”, entendiendo por ésta tanto una teoría sobre los grupos y la interacción dentro de ellos, como un conjunto de técnicas para trabajar con los grupos “reales”.

La consideración de un campo de fuerzas en equilibrio, el concepto de “dinámica” para describir la distribución de fuerzas en relación al comportamiento de un objeto, el concepto de “resistencia al cambio” a partir de la idea de un estado cuasi estacionario de equilibrio entre fuerzas de la misma intensidad y dirección opuesta, y la rigurosa utilización del método experimental al que consideraba el único que permitiría la verificación de hipótesis, lleva a Lewin y sus seguidores a construir un grupo-objeto teórico y un grupo-objeto de intervención que deja fuera de toda posible enunciación, cualquier fenómeno subjetivo e intersubjetivo renuente a la cuantificación.²

Se legitima así la utilización de muchos conceptos importados de la física, como el concepto de “dinámica”, ya mencionado, que se empleaba por oposición a “estática”. Son las “fuerzas” que actúan en el grupo las que constituyen su aspecto dinámico: movimiento, acción, reacción, transformación, cambio. Estos aspectos dinámicos se diferencian de aquellos relativamente “estáticos”, como el ambiente físico, la constitución, la finalidad, etc. A estos conceptos se puede agregar la idea de “cohesión”, de utilización frecuente aún hoy, si bien se ha perdido su origen semántico: cohesión significaba, origi-

nalmente, “unión entre las moléculas de un cuerpo”. Otro concepto del mismo origen y que sigue empleándose es el de “equilibrio” que, a fin de expresar el carácter de estabilidad siempre relativa en los grupos, requería atenuarse con el agregado de un adjetivo: “dinámico”. También se continúan empleando actualmente los conceptos de “energía” y de “sinergia”: “(...) Surge una dirección común y las energías individuales se armonizan. Hay menos desperdicio de energía. Surge una resonancia o sinergia como la luz ‘coherente de un láser’... Hay un propósito común, una visión compartida que permite completar esfuerzos..., la visión compartida se transforma en una prolongación de sus visiones personales” (Senge, en Dell’ Anno y Teubal, 2006:180). La utilización de analogías y metáforas como inspiradoras de ideas sobre lo que “es” pero también sobre lo que podría o debería ser, resulta evidente en la última cita. El carácter otorgado a los colectivos humanos, concebidos como objetos de estudio, pero también como objetos de intervención, frecuentemente encuentra en las metáforas y analogías la posibilidad de enunciados a un tiempo descriptivo-explicativos y axiológicos.

El grupo como organismo

Otra analogía clásica es la que asimila al grupo con el organismo biológico, analogía que a partir de Durkheim había sido aceptada como válida para pensar los hechos sociales. La noción de organismo social y la consecuente determinación de sus necesidades y funciones tuvo, en efecto, una amplia difusión y aceptación, que se explica en parte, por el prestigio alcanzado por las ciencias naturales y sus dispositivos metodológicos. Las prescripciones epistemológicas y metodológicas de las ciencias naturales, trasladadas al campo de las ciencias sociales se expresan claramente en las siguientes palabras de Durkheim:

“(...) cuando se pretende explicar un fenómeno social, hay que buscar por separado la causa eficiente que lo produce y la función que desempeña. Nos servimos de la palabra función, preferentemente a fin u objeto, precisamente porque los fenómenos sociales generalmente no existen en vistas de los resultados útiles que produzcan. Lo que hay que determinar es si existe una correspondencia entre el hecho considerado y las necesidades generales

del organismo social y en qué consiste esta correspondencia, sin preocuparse por saber si ha sido o no intencional” (Durkheim, 1988:152).

El procedimiento que emplea el biólogo, investigando las funciones que cumple determinado elemento, aparato, sistema o estructura, para el mantenimiento del organismo concebido como un todo, resultó entonces adecuado –junto a la determinación de las causas eficientes– para explicar los fenómenos sociales. El “funcionalismo”, más allá de los numerosos autores y escuelas que incluye, comparte ciertos presupuestos. El primero de ellos consiste en explicar la persistencia de las prácticas sociales por referencia al equilibrio o la integración del sistema social del que forman parte. Un segundo supuesto, ligado al anterior, considera que aun las prácticas aparentemente irracionales se vuelven inteligibles si se entienden sus funciones para el sistema. Finalmente, un tercer supuesto es el que suele denominarse “requisitos funcionales”, es decir, la idea de que deben cumplirse ciertas condiciones –funciones o necesidades– para que una sociedad sobreviva.

En lo que respecta a la producción de conocimientos sobre grupos, la analogía con el organismo biológico hizo posible la enunciación del discurso teórico en términos de actividad, necesidad, impulso, motivación, tensión y reducción de tensiones, además de la ya legitimada noción de “función”.

La siguiente cita de Thelen, aun cuando hoy resulta burda en su formulación y hasta hilarante, ilustra perfectamente las implicancias metodológicas derivadas del modelo adoptado:

“Todos los organismos vivientes emprenden actividades; y todos los organismos vivientes poseen una organización, en el sentido de un funcionamiento coordinado de sus diferentes partes. Cuando observamos un organismo, sea éste un insecto o un grupo, podemos recoger tres tipos de información: a) podemos describir las partes físicas obviamente diferentes, tales como las patas o los miembros; b) podemos describir lo que hacen las partes –sus conductas manifiestas– y, c) podemos describir en cierta medida cómo se mueve todo el organismo: el insecto hacia un charco de agua, o el grupo a través de una agenda” (Thelen, 1975:16).

En el fragmento citado, se suma a la descripción del organismo y la caracterización de sus funciones, un principio teleológico que era

propio de las explicaciones de la biología en la etapa inicial de su historia como ciencia y que resultaba coherente con la idea de “funciones”: cada “parte”, cumpliendo una función, contribuye a alcanzar la finalidad del funcionamiento del organismo como un todo.

En la historia de la biología como disciplina científica, la concepción evolucionista tuvo, asimismo, desde su formulación, un gran impacto en las explicaciones biológicas, iniciándose un nuevo campo de conocimiento, la genética, cuya trascendencia, sobre todo en las ciencias aplicadas, fue acrecentándose al avanzar el siglo XX. Ese impacto, como es sabido, excedió su ámbito de origen afectando otros campos disciplinarios. En las ciencias sociales sirvió para justificar “científicamente” concepciones ideológicamente aberrantes amparándose en conceptos importados del evolucionismo darwiniano o lamarckiano como “lucha por la existencia” o “supervivencia del más fuerte”. Si el denominado “darwinismo social” resultó ostensible en sus intenciones y dio lugar a críticas que las pusieron en evidencia, su inserción velada atravesó numerosos campos disciplinarios, naturalizándose su utilización. En lo que respecta a las concepciones sobre grupos y a los dispositivos de intervención derivados de ellas, la “evolución” fue, explícita o implícitamente, una premisa que orientó la conceptualización y, particularmente, el diseño de técnicas de coordinación. El coordinador debía plantearse como objetivo que el grupo “evolucione”, que “madure” o “crezca”. Aunque no necesariamente este propósito supone una adhesión a las concepciones “evolucionistas” de la sociedad a las que se hizo referencia, puede afirmarse que conlleva una concepción negativa del conflicto, el que es visto como un suceso indeseable que obstaculizaría el avance, la “evolución” del grupo hacia sus objetivos. Asimismo, los procesos regresivos que lo grupal promueve no son percibidos o bien adquieren un carácter de interferencia que se procura evitar.

La medicina, con el prestigio alcanzado durante el siglo XX, tuvo asimismo incidencia en el pensamiento sobre grupos y en la intervención, derivando en el planteo de “patologías” del grupo o legitimando la distinción entre grupo “sano” y “enfermo”.

Como se mencionó anteriormente, las analogías y metáforas no son sólo fuente de inspiración para la producción de conocimiento científico, es preciso atender a su potencial eficacia como productoras de re-

presentaciones en los grupos “reales”. Así, algunos autores destacan que la analogía del grupo con el organismo viviente “corresponde a la realidad imaginaria del grupo” (Anzieu en Fernández, 1989:117). La idea de “organismo” sería entonces, una representación imaginaria que el grupo puede generar sobre sí mismo, representación que indudablemente tiene efectos en la producción de “hechos”, por ejemplo, puede conducir a la cohesión y la eficacia para el logro de los objetivos.

El grupo como escenario

La analogía con el teatro ha resultado sumamente inspiradora para conceptualizar la vida social. “Usamos indiscriminadamente el concepto de actor, que ejecuta reales acciones, en el desempeño de roles. Los actores cumplen funciones, satisfacen necesidades, operan en un escenario (social) como parte de proyectos (libretos) en todas las cuerdas histriónicas imaginables. En esta perspectiva que el estructural funcionalismo parsoniano eleva a niveles de sofisticación inusuales en la disciplina, la sociedad se aproxima a su metáfora de un modo directo y peligroso a la vez” (Delich, 1986:57).

La analogía con el teatro para entender la sociedad, particularmente en el ámbito de las interacciones cotidianas, ha sido fundamental, asimismo, en la producción de Goffman. En esta concepción, la vida social es comparada con una escena en la cual los “actores” representan papeles acordes a la situación. Esto no supone necesariamente un carácter artificial o ficticio, los “actores” no suelen ser conscientes de estar representando papeles, sino que, por lo general, están a tal punto implicados en el papel que desempeñan que lo viven como espontáneo. En la concepción de Goffman, del contexto o de encuentros previos y de una negociación implícita en el momento presente, resulta una definición de la situación en la que los actores establecen, en una suerte de consenso temporal, cuál va a ser su rol y las pautas de la interacción. En la situación así definida, cada actor asume una identidad que, al menos en parte, está determinada por la identidad asumida por los otros actores. Es esta complementariedad la que Goffman subraya con el concepto de “equipo”: “La definición de la situación proyecta-

da por un participante forma, a menudo, integralmente parte de una proyección realizada y mantenida por la cooperación íntima de varios participantes” (Goffman, 1987:79). Además, el comportamiento de los actores considera, simultáneamente, el comportamiento de los otros actores frente al “público”. En este escenario social y en el “juego” de la interacción, cada uno procura ofrecer una “imagen” de sí mismo formada por atributos aprobados socialmente.

Es preciso destacar que los “equipos” de Goffman no son grupos, se trata de situaciones de interacción que pueden ser efímeras, de escenas que se arman y desarman en función de ciertos rituales socialmente definidos. No obstante, se percibe el potencial inspirador de la analogía para captar las interacciones sociales en su complejidad, no ya entendidas bajo la noción física de acción y reacción –a la que remite el concepto de “interacción”– sino abriendo el pensamiento y la enunciación a las complejas redes de percepciones, anticipaciones, atribuciones recíprocas y representaciones de los “actores”.

En lo que respecta más precisamente a la analogía grupo-teatro, la referencia a la producción teórica no puede ser dissociada de los dispositivos de intervención que, a veces precediendo y otras veces en paralelo a la conceptualización, fueron diseñados bajo su inspiración. El “psicodrama” es un claro ejemplo de esto. Como es sabido, surge de experiencias de “teatro espontáneo”, en las que los participantes interpretan escenas, propuestas por ellos mismos, sin entrenamiento previo. J. L. Moreno, su creador, produce sus primeras elaboraciones conceptuales conjuntamente con intervenciones “in situ” sobre colectivos diversos: pandillas, comunidades, organizaciones de distinto tipo. Actores, co-actores, yoes auxiliares, público, director de escena, construyen un dispositivo terapéutico que busca promover la productividad del paciente apostando a la espontaneidad y la creatividad. La idea de espontaneidad, al decir de Carolina Pavlovsky, “rompe con la noción de conservación de energía dominante en las ciencias de su época” (Pavlovsky, 1991:156). A juicio de la autora, las significaciones ligadas al teatro en la concepción de Moreno dieron lugar, posteriormente, a asociaciones erróneas, vinculadas con el drama, con el teatro “dogmático”, “apolíneo”, que históricamente sustituyó a las “obras dionisiacas

improvisadas” (Pavlovsky, op. cit.:159). Es interesante notar, siguiendo este argumento, que el recurso al concepto de “escenas”, “roles”, “actores”, etc., puede derivar tanto en un énfasis en la espontaneidad creadora (“teatro dionisiaco”) como en la acentuación de la restricción de los márgenes de libertad del sujeto, como podría sugerirlo la noción de representación ligada semánticamente a reiteración.

En este sentido, puede afirmarse que diferentes concepciones que se inspiraron en esta analogía grupo-escenario pueden ser ubicadas a lo largo de un *continuum* cuyos extremos serían “espontaneidad” y “repetición”. Así, por ejemplo, la clasificación de roles procedente de la “escuela americana de grupos”, que diferencia “roles funcionales” y “disfuncionales”, se acercaría a una concepción que se apoya en el supuesto de un desempeño predefinido por pautas aprendidas durante el proceso de socialización: los actores cumplen funciones, satisfacen necesidades, operan en el escenario social y desarrollan allí sus libretos socialmente establecidos en las prescripciones de rol.

Asimismo, la concepción psicoanalítica de los grupos vinculada al estructuralismo, subraya la “sujeción” de los actores por oposición a su libertad y creatividad. Los actores no han escrito el argumento, se limitan a escenificarlo, a ponerlo en acto, no son conscientes ni de la existencia de las estructuras ni de su poder de determinación. En algunas versiones, esta idea de sujeción resultaba coherente tanto con los supuestos psicoanalíticos que postulaban la existencia de fuerzas de carácter subyacente produciendo efectos –más allá de la conciencia de los actores–, como con la concepción estructuralista que extendía su influencia sobre todas las ciencias sociales. El estructuralismo, en efecto, otorgaba a las estructuras un papel determinante sobre las acciones y pensamientos humanos, cuestionando la posibilidad de elección y la libertad de los sujetos. Este cuestionamiento se originaba en la oposición a los postulados de la filosofía existencialista de los años 40 y 50: para los estructuralistas, los sujetos no solamente carecen de la libertad que presuponían los existencialistas, sino que, además, no son conscientes ni de la existencia de las estructuras ni de su poder de determinación. Frente a la prescripción positivista de partir de entidades directamente observables, los estructuralistas consideraban necesario atravesar el ni-

vel superficial de los fenómenos observables para hallar las estructuras subyacentes, de carácter latente. Se trataba, entonces, de develar esas estructuras latentes que determinan los fenómenos que aparecen en el nivel superficial y de enunciar la “legalidad” que las organiza:

“El concepto de estructura grupal debe delimitar un tipo especial de determinación (estructural) de los efectos como resultante de leyes del sistema grupal, inferibles a partir de y a través de los datos empíricos, cuya inteligibilidad sólo se alcanza en y desde una ‘otra escena’ (...) Estructura grupal que opera desde una ‘latencia’ con relación a la conciencia de los actores, porque dicha conciencia –desde una perspectiva psicoanalítica– se encuentra, ella también, como las percepciones, memoria, atención, etc., sobredeterminada: los integrantes de un grupo son ‘sujetos sujetos’, actores y ejecutores en una escena manifiesta de tramas gestadas en una otra escena latente” (Romero, 1989:136).

Se concibe así, la “realidad” del grupo humano dividida en dos escenas: una desarrollada “a la vista”, sobre el “escenario” y otra oculta a los ojos del espectador, siendo ésta última la “determinante”, la que produce los efectos observables en el plano manifiesto. Los procesos y fenómenos que habían sido estudiados por la denominada “escuela americana de grupos” –la comunicación, el liderazgo, el desempeño de roles– fueron entendidos, entonces, como manifestaciones de otros procesos y fenómenos situados en una “escena latente”, esa trama oculta a la conciencia de los actores que, no por desconocida, resultaba menos eficaz para producir los efectos observables. La traspolación del modelo con que el Psicoanálisis había pensado al sujeto, encontró así una adecuada expresión en esta analogía y condujo a la búsqueda de “organizadores” grupales que permitieran dar cuenta de los fenómenos observables, entendiendo por “organizador” el sistema de legalidades que regula y organiza el comportamiento de los integrantes de un grupo. El empleo de categorías como las de “mentalidad grupal” y “supuestos básicos” de W. Bion, entendidas como “estructuras latentes”, frecuentemente llevaba implícita otra metáfora, de carácter espacial, que inspiró buena parte de la producción psicoanalítica: la superficie y lo profundo. La noción de “supuestos básicos” solía operar, asimismo, en las prácticas de intervención, restringiendo la interpretación de los

acontecimientos grupales, al circunscribir las determinaciones posibles a contenidos preestablecidos (Fernández, *op. cit.*:109), siendo que esos contenidos -dependencia, ataque y fuga, esperanza mesiánica- como también ha sido señalado, no son ajenos a la institución en el marco de la cual Bion las “descubrió” (hospital psiquiátrico militar durante la segunda guerra mundial).

Los conceptos inspirados por la metáfora del escenario conducen, entonces, por las asociaciones que producen (representación-reiteración, libretos-argumentos preestablecidos) al problema del margen de libertad de los integrantes del grupo. Como lo expresa Miliband, en referencia a las estructuras sociales:

“Hay ‘constreñimientos estructurales’, pero es difícil saber cuán constreñidores son y existe la tentación de caer en lo que he llamado trampa ‘hiperestructuralista’, que despoja a los ‘agentes’ de toda libertad de elección y de maniobra y los convierte en ‘portadores’ de fuerzas objetivas a las que son incapaces de afectar. Esta perspectiva no es sino otra forma de determinismo...” (Miliband en Olivé, 1985:70).

Las nuevas analogías y metáforas

En las últimas décadas, las analogías y metáforas clásicas han sido desplazadas y sustituidas por otras, conjuntamente al cuestionamiento a la definición del grupo como objeto de estudio. Los autores que se inscriben en este movimiento, que podría caracterizarse como post-estructuralista, basan su pensamiento, fundamentalmente, en la producción filosófica y epistemológica de Foucault, Castoriadis, Derrida y Deleuze.

La propuesta de Ana María Fernández de des-esencializar nociones cristalizadas tomando como instrumentos conceptuales la idea de Castoriadis de “elucidación crítica”, la de “deconstrucción” de Derrida y el “análisis genealógico” propuesto por Foucault, representa claramente esta corriente. Respecto a la noción de de-construcción, la autora la vincula a la de “*Destruction*” de Heidegger, quien aclaraba que ese concepto “no quiere decir aniquilar ni sepultar en el pasado los conceptos de la tradición, sino atender a lo que ellos han omitido, a lo no pensado, que es el don más sublime que un pensar tiene para ofrecer”

(Heidegger en Fernández, 2001:268). Asimismo, y en un sentido similar, rescata la afirmación de Foucault: “Lo que cuenta en el pensamiento de los hombres no es tanto lo que han pensado sino lo no-pensado” (ídem, nota al pie). La “de-construcción” que propone Derrida significa “desmontar, problematizar la relación inmediata y ‘natural’ del pensamiento (logos) unido a la verdad y el sentido” (ídem:268). Se trataría, entonces, de leer en los enunciados aquello no dicho, el término abandonado, desechado, en una relación binaria en la que el concepto dominante, al imponerse, oculta al históricamente suprimido. Puede percibirse, además, la influencia de Deleuze con su cuestionamiento a la visión del mundo organizado bajo un primer principio rector y con una distribución jerarquizada, así como su propuesta de pensar la multiplicidad en oposición a lo que él llama la filosofía de la representación y de la duplicación. La influencia de Foucault se hace evidente, asimismo, en el propósito declarado por la autora de realizar una “genealogía de lo grupal”. Como es sabido, Foucault sostiene la idea de la arbitrariedad de las “epistemes”, término con el que parece sintetizar las ideas de “concepción del mundo” y de “paradigma”. Cada “episteme” construye los objetos importantes de una época, y define lo que es pensable y lo que no lo es. El “análisis genealógico” consiste en un trabajo de indagación de los dispositivos históricos, sociales, políticos, que han hecho posible la construcción y la enunciación teórica.

A partir de estos referentes epistemológicos, el concepto mismo de grupo es puesto en cuestión. Frente a la premisa estructuralista de delimitar claramente el objeto de estudio –tarea antes ineludible para otorgar legitimidad a una disciplina– y llegar a la formulación del grupo como “objeto formal abstracto”, esta corriente declara que su preocupación “no es óptica, sino epistémica”, es decir, no se trata de definir qué son los grupos sino de interrogarse acerca de la manera en que se ha construido el conocimiento en este campo del saber, en distintas épocas y contextos de producción. Se prefiere, entonces, la forma neutra del artículo determinante y se habla de “lo grupal”. La propuesta es pensar “lo grupal” desde la transdisciplinarietà, “como un campo de problemáticas atravesado por múltiples inscripciones: deseantes, históricas, institucionales, políticas, económicas, etc.” (Fernández, 1989:57).

Se opta, asimismo, por la noción de “campo” para concebir procesos que, según se considera, son renuentes a cristalizar en un objeto. Esta idea de campo, muy distante de la antigua concepción de “campo de fuerzas”, es una nueva metáfora que abre al pensamiento otras posibilidades. Surgida del rechazo a las distorsiones a que parecía conducir la necesidad de sujetarse a un objeto claramente demarcado, esta corriente considera que la nueva metáfora permite centrarse en los procesos inacabados que nunca cristalizan en un objeto definitivo, así como atender al proceso de producción antes que al producto realizado. La idea de campo pretende así, superar “la vieja dicotomía sujeto-objeto, y sus consecuentes y amurallados territorios” (Fernández y otros, 1993:14).

El carácter de esta metáfora, así como los cuestionamientos que están en su origen, se expresan claramente en el siguiente fragmento:

“Campo, entonces, que no es otro que el del campesino. Ése que sirve de lecho a las semillas, a la dispersión del abono, a la turbulencia de las lluvias y huracanes, al sutil azar de lo que pueda ser recogido e inventado por el ojo inquieto de un lector incierto. Si a él apelamos es porque constituye la garantía que convierte a posibles ‘campos unificados’, ‘campos significantes’ y demás espacios erosionados, en ‘campos de siembra’” (Fernández y otros, op.cit.:15)

Para expresar el “atravesamiento” de lo grupal por inscripciones múltiples, en la misma perspectiva se ha recurrido a la metáfora del “nudo” que encuentra fundamento en la etimología del término grupo. Esta metáfora se considera apropiada para pensar lo grupal como “sitio” en el que “anuda” la multiplicidad de variables que se ponen en juego cuando los sujetos interactúan. Se considera, asimismo, que permite, atender a los procesos identificatorios y transferenciales:

“Esta característica de los procesos identificatorios de un número numerable de personas donde los cuerpos se hacen discernibles, afectados unos y otros a juegos de mirada, establece las condiciones para la organización de redes identificatorias y transferenciales. Tal peculiaridad identificatoria en red hace del pequeño grupo un nudo. Nudo que se constituye en las alternancias de enlaces y desenlaces de subjetividades. Se propician, de tal modo, singulares anudamientos y desanudamientos que orientan al pequeño colectivo por los avatares de sus producciones, institucionalizaciones y disoluciones” (Fernández, 1989:141).

La analogía con el lenguaje y particularmente con el “texto” es otra asociación empleada en esta perspectiva para pensar los procesos grupales. La mirada se centra aquí, en las producciones. Todo aquello que pueda concebirse como productividad grupal, ya sea de carácter verbal o preverbal, es susceptible de ser “leído” e interpretado, pero no ya con el recurso a “organizadores” ocultos de carácter latente que, como era corriente en la tradición psicoanalítica, era preciso inferir. La producción grupal, entendida como “discurso” es todo aquello que, presente en la superficie, puede ser interrogado o “puntuado”, a fin de hacer surgir nuevas producciones.

Consideraciones finales

Las nuevas analogías y metáforas permiten pensar aspectos que no habían sido antes considerados en la conceptualización y la intervención sobre grupos. En este sentido, resultan útiles y deberían explorarse todas sus posibilidades, sin olvidar el carácter de construcciones que la propia corriente enfatiza en sus fundamentos. Esto requiere, a mi entender, comprender que las nuevas metáforas y analogías no solo “iluminan” aspectos antes “invisibles”, sino que, además, crean realidades. Tanto las nuevas como las viejas analogías y metáforas son instrumentos o herramientas con las que construimos eso que llamamos el “grupo”, “lo grupal” o el “campo grupal”.

Como se ha intentado poner de manifiesto aquí, las analogías y metáforas tienen un potencial inspirador y también organizador, estructurante. Ellas permiten concebir fenómenos y procesos imposibles de ser “capturados” con las viejas categorías. Sin embargo, su empleo, como lo han advertido algunos epistemólogos, no está exento de riesgos. Esos riesgos son los que conlleva el proceso de extrapolar relaciones del sistema conocido a aquel que se procura conocer. Como se ha subrayado en este trabajo, con el traslado de relaciones del sistema ya consolidado al nuevo sistema, se trasladan también los supuestos epistemológicos y ontológicos vigentes en el ámbito de origen de la analogía o metáfora (disciplina científica o artística) a la teoría en formación.

Resulta claro que un autor adopta una determinada analogía porque es en ella donde sus concepciones implícitas encuentran su expresión más adecuada. Estas concepciones implícitas expresadas en una metáfora o analogía, no son elegidas únicamente en razón de las preferencias o formación del investigador que las adopta, por lo general traducen, y es por eso que logran imponerse, la concepción epistemológica y ontológica vigente en un determinado contexto de producción del conocimiento. Las ciencias que alcanzan hegemonía, y sus modelos explicativos, prescriben modos de análisis, métodos y procedimientos, descartando otros. En este marco, la fecundidad de modelos importados de ciencias y teorías hegemónicas para analizar otros campos de estudio puede impedir ver los límites que ellos establecen, al imponer redes conceptuales que delimitan lo posible de ser pensado. Desde el modelo adoptado, algunas relaciones pueden establecerse, algunas hipótesis pueden formularse, algunos interrogantes pueden ser planteados, en tanto resulta imposible la concepción, la formulación, el planteo de otros. Al importar un modelo, se trasladan junto con él los criterios de demarcación vigentes en la disciplina de origen, que permiten deslindar lo científico de lo no científico. Esto conlleva un conjunto de prescripciones epistemológicas y metodológicas que someten el nuevo campo de estudio a las exigencias operantes en el dominio ya consagrado. Existen, además, principios epistemológicos cuyo estatus cognoscitivo los convierte en reguladores del proceso de investigación –por ejemplo, el principio de causalidad en la física clásica–, así como tipos de explicación o de interpretación aceptables en virtud de las características asignadas al objeto de estudio.

La potencialidad organizadora de la ciencia, teoría o modelo consagrado sobre el nuevo campo de estudio afecta, entonces, profundamente a la teoría en vías de formulación. Su carácter estructurante se extiende, asimismo, al dispositivo tecnológico derivado. Muchas veces, tal dispositivo construye la “realidad” a observar, en donde habrá de recolectarse la “evidencia empírica” para acrecentar el campo teórico. Los “indicadores” aparecerán, sin duda, como los elementos mínimos más despojados de teoría y más ajustados a la realidad a investigar, ofreciendo, ante posibles objeciones, la certidumbre de los “hechos”.

Con esto se completa un proceso que, en su circularidad, permite que una concepción se avale a sí misma, perpetuándose y ganando prestigio, a partir del prestigio ya logrado por la disciplina de origen. Desde otro paradigma, la apelación a la “experiencia clínica” como argumento de validación, puede conducir a un proceso similar.

Por otra parte, postular la existencia de estructuras “detrás de la escena”, significa, en sus formas extremas, otorgar a estas supraentidades una función de determinación –entendida como sinónimo de causalidad– sobre las acciones y pensamientos humanos, negando toda posibilidad de elección y libertad a los sujetos. Conlleva, además, el riesgo de “encontrar” aquellos determinantes “en última instancia”, con la consecuente ilusión de cierre que opera como clausura del pensamiento.

Emplear una analogía o metáfora es, entonces, mucho más que tomar en préstamo algunos términos. En todo caso, se trata de un préstamo por el que se paga el alto interés de importar, junto al lenguaje, una concepción epistemológica y teórica que construye la realidad que pretende describir. Las analogías y metáforas son, efectivamente, tanto un instrumento de gran valor heurístico como una potencial “trampa intelectual”, de ahí la necesidad de analizar sus implicancias epistemológicas.

Las metáforas y analogías clásicas con las que se ha pensado el grupo –el campo de fuerzas, el organismo, la escena teatral– con la ilusión de representar una realidad externa al observador han construido objetos-grupo, modelando la “realidad” con herramientas –lógicas, conceptuales, metodológicas– importadas de “territorios extranjeros”, por lo general, de los campos del saber consagrados. Las nuevas metáforas, por su parte, “abren visibilidad” sobre aspectos que no habían sido considerados en el pensamiento y en la intervención. En este punto de la reflexión, cabe preguntarse si las nuevas metáforas y analogías resultan adecuadas para pensar los fenómenos que, según algunos autores, estarían surgiendo en los colectivos humanos en los últimos años: desvalorización de la actividad grupal y valoración de lo individual, disminución de la capacidad de espera, intensa búsqueda de satisfacción, predominio de la necesidad de reconocimiento, mayor nivel de hostilidad y agresión entre los integrantes y hacia el coordinador... (Amaya, 2003).

¿Deberemos, tal vez, recurrir a las metáforas que algunos filósofos han propuesto para aludir a las nuevas formas de control social y de establecimiento de vínculos interpersonales en la sociedad contemporánea? Se ha hablado del surgimiento de sociedades de control por oposición a las “sociedades disciplinarias” (Foucault). También se ha utilizado la metáfora de lo “líquido” y lo “fluido” por oposición a lo “sólido”, para caracterizar lo que se consideran nuevas configuraciones culturales (Bauman, 2007, 2008). Nuevamente parece acudir a la física –o más bien a nociones físicas de sentido común– para intentar capturar aquello que resulta inasible con las categorías establecidas. Es posible que estos términos constituyan la innovación semántica que necesitamos para incentivar nueva producción teórica. Sin embargo, no debería olvidarse que lo que el coordinador de un grupo piensa o cree, contribuye a la construcción de la “realidad” que observa y sobre la que pretende intervenir. Aun aquel autor de un texto olvidado, sólo rescatable como muestra curiosa de una concepción perimida, un autor tan insospechable de “constructivista” como Thelen, no podía dejar de reconocerlo: “El grupo ‘biológico’ existe porque los miembros así lo creen, porque suponen que los otros también lo creen, y porque su conducta es diferente como efecto de estas creencias, y lo que produce diferencias es ‘real’” (Thelen, op. cit.:20).

En el potencial inspirador de las metáforas y analogías, en la reflexión sobre las implicancias epistemológicas de su elección, en la atención a las similitudes y diferencias con el objeto de indagación-construcción, así como en el conocimiento de la susceptibilidad de los grupos “reales” para responder, asumiendo o refutando, nuestras creencias y concepciones, en esa encrucijada, se plantea el desafío para la producción de conocimientos en este campo disciplinar.

Recibido el 10 de marzo de 2008.

Aceptado el 25 de agosto del 2008.

Resumen

Frecuentes en el uso cotidiano y en el lenguaje literario, las analogías y metáforas se presentan como un recurso habitual del pensamiento científico. En la producción teórica sobre grupos puede hallarse una amplia variedad de analogías y metáforas. Surgidas en diferentes épocas y contextos, permitieron la conceptualización de fenómenos y procesos que, hasta entonces, permanecían impensables. Hicieron posible, asimismo, el desarrollo de estrategias de intervención que se difundieron rápidamente en diferentes campos, más allá del ámbito académico. La aceptación de las analogías y metáforas está vinculada a la coherencia que guardaron con modos de pensamiento y construcción de la realidad aceptables en ese momento histórico y en ese contexto. En este artículo se analizan las analogías y metáforas de uso más frecuente en las teorías sobre grupos, tanto las clásicas como las que han surgido en época reciente, iniciando una reflexión sobre las implicancias epistemológicas de su elección.

Palabras clave: Metáforas. Analogías. Grupos. Producción de conocimiento. Teorías sobre grupos.

Abstract

Frequent in the daily use and in the literary language, the analogies and metaphors present themselves as a habitual resource of the scientific thought. In the theoretical production on groups there can be a wide variety of analogies and metaphors. Arisen in different epochs and contexts, they allowed the conceptualisation of phenomena and processes that, till then, were remaining unthinkable. They made possible also, the development of strategies of intervention that spread quickly in different fields, beyond the academic ambience. The acceptance of these analogies and metaphors is linked to the coherence that they kept with acceptable ways of thought and construction of the reality in this historical moment and in this context.

In this article we will analyze the analogies and metaphors of more frequent use in the theories on groups, so much the classic ones as those who have arisen in recent epoch, initiating a reflection on the epistemological implications of this election.

Key words: Metaphors. Analogies. Groups. Knowledge production. Theories on groups.

Notas

¹ Se retoman aquí algunas consideraciones realizadas en el artículo de mi autoría: "Modelos, metáforas e intervención", publicado en la revista *Espacios en blanco* N° 3-4, Junio 1996.

² Así por ejemplo, se calculaba el índice de agresividad considerando el número de palabras y ademanes agresivos y se calculaba la mediana de agresividad para cada uno de los "climas sociales".

Bibliografía

- AMAYA, L. (2003): **Grupos desagrupados. Evolución en la dinámica grupal.** Lugar. Buenos Aires.
- BAERT, P. (2001): **La teoría social en el siglo XX.** Alianza. Madrid.
- BALDUZZI, M. (1996): **Modelos, metáforas e intervención: desafíos de la coordinación de grupos.** Revista "Espacios en Blanco", nº 3-4, junio de 1996. NEES. UNCPBA.
- BAREMBLIT, G. (1993): *Revisión sintética y comentarios acerca de los modelos grupales*, en Fernández, A. M. Y De Brasi, J. C.: **Tiempo histórico y campo grupal. Masas, grupos e instituciones.** Nueva Visión. Buenos Aires.
- BAUMAN, Z. (2007): **Vida líquida.** Paidós. Buenos Aires.
- BAUMAN, Z. (2008): **Vida de consumo.** Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- CASSINI, A. (2005): *"Destierro y retorno de la lógica del descubrimiento"*, en KLIMOVSKY, G. (compilador): **Los enigmas del descubrimiento científico.** Alianza. Buenos Aires.
- DELICH, F. (1986): **Metáforas de la sociedad argentina.** Sudamericana. Buenos Aires.
- DELL'ANNO A. y TEUBAL R. (2006): **Resignificando lo grupal en el trabajo social.** Espacio. Buenos Aires.
- DURKHEIM, E. (1988): **Las reglas del método sociológico.** Alianza. Madrid.
- FERNÁNDEZ, A. M. (1989): **El campo grupal, notas para una genealogía.** Nueva Visión. Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ, A. M. (2001): *"Notas para la constitución de un campo de problemas de la subjetividad"*, en: **Instituciones estalladas.** Eudeba. Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ, A. M. y colaboradores (2008): **Política y subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas.** Biblos. Buenos Aires.
- GOFFMAN, E. (1987): **La presentación de la persona en la vida cotidiana.** Martínez Murgu. Madrid.
- LACAN, J. (1981): **Les psychoses.** Seuil. Paris.
- LÓIZAGA, P. (1996): **Diccionario de pensadores contemporáneos.** Emecé. Barcelona.
- NAGEL, E. (1974): **La estructura de la ciencia.** Paidós. Buenos Aires.
- OLIVÉ, L. (1985): **Estado, legitimación y crisis. Crítica de tres teorías del estado capitalista y de sus presupuestos epistemológicos.** Siglo Veintiuno. México.
- PAVLOVSKY, C. (1991): *"La letra de Moreno"*, en: **Lo grupal** (nº 9). Búsqueda. Buenos Aires.
- POPPER, K. (1967): **La lógica de la investigación científica.** Tecnos. Madrid.
- ROMERO, R. (1989): **Grupo. Objeto y teoría.** Lugar. Buenos Aires.
- SCHUSTER, F. (2005): *"Metáfora y analogía en el descubrimiento científico"*, en KLIMOVSKY, G. (comp.): **Los enigmas del descubrimiento científico.** Alianza. Buenos Aires.
- THELEN, H. (1975): **El grupo como organismo.** Nueva Visión. Buenos Aires.